

RÉQUIEM EN CINCO TIEMPOS

TIEMPO I.– PROGRESO

Sucedió una mañana soleada al principio del otoño. Transcurría uno de esos otoños que a ti tanto te gustaban. Comenzaban a desprenderse las hojas amarillas de los árboles, pero tú ya no las verías. No percibirías crepitar bajo tus pies la tupida capa amarillenta al pasear por encima de las hojas muertas. Las golondrinas se concentraban en los alambres del tendido eléctrico configurando grupos reducidos; pero tú, ya no observarías aquellas bandadas rectilíneas, simétricas, casi iguales todas, surcar el cielo azul entre nubes otoñales de algodón. No las verías alejarse en busca de la suave calidez de otros veranos.

Era una mañana como las demás. No existía ningún aciago presentimiento, ningún asomo ni sospecha externa visible, ningún pérfido augurio de la horrible tragedia que se aproximaba. Madre arregló la comida con el mismo cuidado que cada día: con cariño, con esmero, con mimo, como sólo ella sabía hacerlo. Puso en la merendera una tortilla tierna, blanda, esponjosa; unas deliciosas tajadas de tocino frito y unos sabrosos chorizos recién sacados de la tinaja. Metió la merendera y el pan dentro de la cesta de la comida. Y luego colocó el botijo del agua y la bota del vino dentro de la alforja, como hacía cada mañana.

Era un día lo mismo que los otros. Al clarear la mañana, una tenue luz iluminó calles y casas. Un sol de otoño agradable asomó tímidamente y comenzó a entibiar con placidez los añorados paisajes: montes, árboles y río que nos conocieron de niños, que supieron de nuestros juegos infantiles. Juan cruzó la plaza tarareando una canción de moda. Saludó a un corro de ancianos que, apoyados en trémulas garrotas, tomaban el

sol, se calentaban al calorcillo de la solana mientras charlaban animosamente. Hablaban de la falta de lluvia, del otoño, del tibio sol de la mañana...

Al volante del tractor, lo vieron alejarse calle abajo por última vez, silbaba y canturreaba una conocida canción. Luego, desapareció tras una curva del camino.

Era una mañana quieta, sosegada, apacible, como cualquier otra. Los niños estudiaban en la escuela. Se escuchaba el cantar de la herrería, la dulce cantinela del hierro duro al ser golpeado en el yunque. Un afilador recorría las calles del pueblo. Caminaba con la bicicleta a un lado, detrás llevaba la piedra de afilar. Hacía sonar el flautín, después lanzaba su voz:

—El afiladoooooor. El afiladoooooor. Se afilan cuchillos, navajas, tijeras...

Huían asustadas las gallinas, libres por las calles. Salían las mujeres de las casas con los utensilios de cocina. El afilador empinaba la rueda trasera de la bicicleta, se encaramaba en ella e impulsaba los pedales. Comenzaba a voltear la rígida rueda de silicio, volaban las chispas por el aire al rozar con el sílex el férreo metal. De cuando en cuando, se escuchaba el canto de un gallo. Cruzaban mujeres con cántaros y botijos camino de la fuente. Como cada mañana, Rafael, el alguacil, realizaba su recorrido acostumbrado, pregonando de esquina en esquina. En este momento, aparece en mi recuerdo como si lo estuviera contemplando. Lleva la trompetilla en la mano, la boina calada hasta los ojos, el ajado pantalón de pana surcado de zurcidos, sus enormes pies emergiendo por fuera de las rudas abarcas. Se empinaba un poco, como para que se le escuchase mejor, y lanza su ronca voz al viento suave de la mañana. Se desgañita, incluso, proyectando su melódica canción:

—De orden del señor alcalde...

—De orden del señor alcalde... —repetíamos el pregón la traviesa chiquillería corriendo tras él.

—Si os pillo, os capo —gritaba persiguiéndonos, medio en broma, medio en serio.

Aquella mañana, próximo el mediodía, Rafael pregonaba por las afueras del pueblo. En aquel momento, a través de confusas brumas, se dejó ver difuminada en el horizonte una figura borrosa. Apareció de repente, envuelta en el polvo del camino, confundida en la neblina matinal. Surgió inesperada, como un espectro, allá a lo lejos. Parecía una sombra excéntrica, una silueta diluida. Avanzaba con rapidez, bramando como posesa y corriendo como alma que lleva el diablo.

Rafael permaneció inmóvil, petrificado, igual que si hubiera descubierto al mismo demonio luciferino en persona. Tan impresionado y aturdido quedó por la aparición, que cuentan, se le atragantó la pitada y cayó la trompetilla a tierra.

Era Andrés, el pastor. Algo habría ocurrido para que abandonase el ganado a su suerte y se presentase en el pueblo gritando de aquella manera.

Andrés, como cada mañana, transitaba campos apacentando el rebaño. Como cada día, subía y bajaba cerros, cruzaba caminos y veredas. Avanzaba despacio y hacía sonar la flauta. Aquella flauta que él mismo fabricara con una caña que cortó del cañaveral del río. La flauta que él solo aprendió a tocar sin que nadie le enseñara y que tan bien tañía. La flauta que quedó allí, olvidada nunca supo dónde, abandonada sin apenas advertirlo en su alocada huida.

Pastaba el rebaño al costado de un altozano. A no ser por el zumbido del tractor, seguramente, Juan el de la Antonia hubiera escuchado con claridad el dulce tañido de la flauta, su suave melodía, su música monótona y acorde. Quizá, hubiera percibido también el soniquete constante de las esquilas del rebaño desde el otro lado del otero.

El ganado iniciaba ya el descenso de la loma. En aquel momento, Andrés descubrió algo extraño en el fondo de la hondonada. Parecía un tractor, incluso, un rayo de sol centelleaba sobre una de las chapas; sin embargo, no se movía. Azuzó a los

animales ladera abajo en aquella dirección. Efectivamente, era un tractor que había volcado. Andrés hizo conjeturas. Podría ser Joaquín, o tal vez Juan el de la Antonia, los dos tenían tractores parecidos, del mismo color y marca. Las tierras eran arrendadas, pertenecían a Alberto, el que emigró a Zaragoza a trabajar en una portería. Se olvidó del rebaño. Cayeron al suelo el morral, la garrota y la flauta en su atropelladora marcha. Se deslizó pendiente abajo, seguido por su perro que ladraba sin cesar. Arrastraba piedras, arrancaba matorrales de cuajo en su avance, caía, rodaba declive abajo. Se levantaba de nuevo con ligereza, descendía precipitadamente, avanzaba lleno de arañazos. Sangraba abundantemente y cojeaba. Llegó jadeante, exangüe, sudoroso. Allí se encontraba, tendida, la frágil silueta de Juan. Estaba inmóvil, rígido, yerto. Su cuerpo desfigurado, destrozado por el golpe. Se encontraba abatido, deformado, aplastado bajo el peso, prisionero entre la chatarra. Parecía un muñeco roto que un niño hubiera arrojado a la soledad de la campiña. La tierra despedía un fuerte hedor a gasoil, a sangre derramada. Por el aire ascendía un sabor amargo, un olor a soledad, a destrucción, a muerte... Separó hierros, barras, láminas y chapas retorcidas. A través de los hierros doblados, surgían las pálidas facciones de su rostro sin vida cubierto por la tierra sucia y grasienta de aquel otoño sin lluvia en los sembrados.

Andrés se adentró en las primeras callejuelas del pueblo. Llegó rendido, exánime, desfallecido. Su cuerpo despedía un profundo olor a gasoil, a sangre, a muerte... El alguacil se acercó a él, y acudieron también algunas mujeres al escuchar los gritos. Se desvaneció en el suelo sin aliento, sudoroso, medio muerto. Alguien le acercó un vaso de agua. Deliraba. Balbuceaba, palabras ininteligibles:

—El tractor... Juan el de la Antonia...

Se rasgó el apacible sosiego de la mañana. La quietud y el silencio en que estaba mecido el pueblo se perturbó en poco tiempo. Se difundió el suceso raudo como el

viento. Se propagó por las calles; se extendió por las solanas; corrió de boca en boca, a través de un interminable comadreo de mujeres. Comenzaron a tocar las campanas. Enmudeció el yunque de la herrería. El afilador recogió sus trastos, guardó el flautín en el bolsillo del zurcido pantalón y se alejó del pueblo. Lo vieron desaparecer subido en la bicicleta, desvanecerse entre el polvo del camino.

La noticia trepó por encima de los ondulados tejados. El viento la mecía como hojas caídas de aquel otoño que comenzaba. ¿Quizá la trasladó envuelta en el humo de las chimeneas? ¿Acaso fue con una bandada de golondrinas emigrantes? ¿Fue, tal vez, el tañido de las campanas? La arrastró por sinuosos senderos, por tortuosas veredas. Llegó hasta los campos de sembrados, a los más apartados y remotos parajes. La introdujo en los avizores oídos de lugareños, que en aquel momento, se encontraban arando en las sementeras.

Algún tiempo después, levantaban el férreo y pesado mecanismo. Retiraban el duro lastre de chatarra y hierros retorcidos y dejaban libre el cuerpo sin vida del infortunado Juan

TIEMPO II.— SILENCIO

La historia de sus días se detuvo aquel triste y aciago atardecer de otoño. Se desvaneció, desapareció allí mismo, se apagó oculta en la aridez de la tierra, enterrada en la yerma y desolada fosa horadada en la sequedad del cementerio. Se truncaron el arrojo y el vigor de sus firmes ánimos. Sus vidas surtieron un claro y terminante viraje de trescientos sesenta grados en redondo.

Resulta difícil conciliar el sueño en las frías y prolongadas noches de otoño, cuando el viento silba con fuerza en las chimeneas ya sin humo, en los salientes del tejado, en las casas vacías... Pero mayor contrariedad supone aún, despertar en la estremecedora oscuridad de la noche, levantarse despacio, palpar recuerdos, formas, figuras abandonadas en las tinieblas de la alcoba. Abarcas descuidadas al pie de la cama, chaquetas pendidas de la percha, ropas revueltas, y tantos y tantos recuerdos flotando en las sombras enrarecidas de octubre; emergiendo de cada una de sus evocadoras cosas; oscilando a su antojo; agitándose con emoción en los tristes sueños de la noche interminable, y descubrir la dura realidad. Saber que no duerme allí, y peor aún, tampoco deambula como Antonio y Miguel por esos mundos, extraviados, perdidos en remotas metrópolis, olvidados en medio de nebulosos vahos y emanaciones, turbios humos de inhóspitas ciudades.

Un extraño desconsuelo les inunda el alma. Una misteriosa y singular tristeza se apodera de sus espíritus al recordarlo. Laceran las huellas de su imagen. Punza el paso del recuerdo. Afilados rejonos arponean sus vísceras internas, pinchan las profundas y delicadas entrañas de sus cuerpos envejecidos. Sienten un vacío constante en el estómago, gatos que arañan sus intestinos, horrible martilleo en el cerebro, incesante desasosiego, absoluto desvarío, lamentos y delirios de tristeza.

“Que es no saber ya quién soy, ni qué hago aquí, otra vez tumbada boca abajo, abrazada a esta vieja cama que no es la mía, pero fue la suya”.

Resulta difícil despertar sin él. Despiertan hastiados, con desgana, sin anhelos ni ánimos para comenzar el día; carecen de los estímulos necesarios para seguir viviendo. Se levantan despacio, muy despacio, a pesar de no ser tan viejos todavía. Él toma la cesta de la comida y huye al campo para todo el día. Trata de olvidar en la soledad de la campiña, y horada en recuerdos distantes por si aún queda algo grato merecedor de recordar. Ella enciende la lumbre en la desierta cocina, aquella cocina antaño rebosante de vida y alegría. La enciende torpemente, con manos temblorosas. Las rudas manos de labriega que en otros tiempos jóvenes con tanta soltura y destreza amasaron el pan y manejaron la rueca. Permanece durante horas acurrucada a la orilla de la lumbre. Le tranquiliza contemplar el fuego. Olvida observando la llama rojiza al elevarse y aún le trae algún agradable y lejano recuerdo la leña que arde, chisporrotea y se consume. Recuerda y olvida al mismo tiempo.

“Ahí espera, sentada como cada día, como siempre, no sabe qué. ¿Qué espera? ¿Qué puede esperar después de todo? Quizá el paso del tiempo únicamente”.

“¿Qué esperas ahí, sentada eternamente? Incongruente, necia pregunta. Preguntad a los que aún esperan. Absurdo e inútil preguntarle a ella. No me preguntéis tampoco a mí, a nosotros, los que ya nada esperamos. Sólo sabemos que su vida se extingue muy deprisa, se precipita hacia lugares recónditos de donde jamás se regresa”.

Juan vuelve tarde del campo. Se encierra en la última habitación de la casa. No habla con nadie. Se ha vuelto huraño y huye de la gente. Allí, en lo más hondo y oscuro, pasa las horas en la penumbra misteriosa. Bebe vino mientras llora, se lamenta y recuerda, aunque bebe para olvidar.

Sale de casa pasada la medianoche, tambaleándose de lado a lado de la calle. Su sombra se confunde con las sombras de los árboles mecidos por el viento. Le cubre el rostro un oscuro velo de dolor y de tristeza que oculta sus humedecidos y chispeados

ojos. Camina despacio, muy despacio, con pasos débiles, apagados. Avanza encorvado, se asemeja a un espectro caminando por las callejas del pueblo. Su lánguida sombra vaga desalentada, abatida. Emerge de repente, como un aparecido entre los árboles deshojados, los ladridos de los perros en los cobertizos de los corrales y los maullidos de los gatos en los tejados. La escasa luz de la bombilla en una esquina lanza su sombra fantasmal sobre la pared.

Regresa a casa y se acuesta en silencio, sin hacer ruido, para que su mujer no le oiga. Se mete en la cama vestido y tiritando de frío. Antonia que también sigue despierta, apenas si se atrevía a regañarle.

—Juan, un día de éstos vas a pillar una pulmonía —le dice únicamente.

En las largas nevadas de aquellos lejanos inviernos, se dejó oír más fuerte la voz del silencio. Él calla mientras contempla el fuego. Ella gira la rueca o mueve entre sus dedos las largas agujas de hacer calceta. Al principio, los dedos se mueven con presteza. Luego, cada vez más lentos, con somnolencia y aburrimiento. No pronuncian palabra. La voz del silencio sólo habla, grita, clama, dentro de sus cerebros. Rueda por la casa, se aplasta en los rincones, se incrusta en las paredes... Cada día, un poco más viejos, se sitúan más cerca de la lumbre. Encorvados, inclinados bajo el peso de los años; pero más aún, bajo el peso de la soledad, la ausencia y la angustia que, evidentemente, pesan y fatigan mucho más. Sólo se escucha el chisporroteo de los troncos al quemarse, mientras bajan los ojos hacia el fuego. Se oye, de cuando en cuando, un estornudo, un carraspeo, un profundo suspiro... A veces, rompen el silencio unos momentos para leer en voz alta las cartas que Miguel y Antonio les escriben, pero lo hacen sin ilusión ni interés, con desgana. Ellos, ahora, parecen hablar un idioma diferente. Apenas preguntan ni se interesan por las cosas del pueblo. Sólo cuentan su vida en la ciudad,

algo que ni siquiera entienden. Y al final, insistiendo, como siempre. Aunque ellos ya lo saben, se lo habían dicho muchas veces:

“De casa no nos vamos”.

TIEMPO III.— RECUERDO

Murió una mañana soleada al principio de la primavera. Como cada día, se encontraba acurrucada cerca de la chimenea, calentándose al fuego de la lumbre. Sin embargo, no hacía frío. El sol caldeaba ya con fuerza y entibiaba la casa, irrumpía firme en la cocina a través de los lactescentes visillos del ventanuco.

—¿Tienes frío? —preguntó Juan.

Pero ella no respondió.

Antonia había quedado enjuta, consumida, demacrada. Cada día más seca y arrugada, se disipaba lentamente, como antaño, en los adorados tiempos, se consumía la llama del candil al calor de la cuadra entre las mulas las largas trasnochadas sin luz eléctrica. Apenas comía. Los huesos afloraban a través de su piel fina y enfermiza. Permanecía inmóvil durante horas, con su cabecita nevada oculta bajo la campana de la chimenea, contemplando la llama de la lumbre, sumida en viejas evocaciones, remotos recuerdos que aún persisten arraigados en su mente enferma, y, perseverantes en su ineludible huida, se afanaban por no desaparecer.

Contempla, casi desvanecidas ya, las siluetas de Juan y Antonio. Se cuelgan las carteras y se van a la escuela. Observa también a Juan, su marido. Apareja las mulas, y prepara arreos y avíos para marchar al campo. Lo ve alejarse calle abajo, con el par uncido, camino del sembrado. Ella entonces, guarda en la artesa el pan blancuzco, suave, blando. Echa de comer a los animales, y se marcha al lavadero a lavar. Lleva el viejo barreño de metal y la losa de lavar en el costado. Al otro lado, va el pequeño Miguel asido a su mano. De pie frente a la rizada losa, frota con el jabón ajadas camisas, peucos y pantalones remendados; los restriega una y otra vez sobre las quebradas aristas de madera...

—¿Tienes frío? —repitió Juan.

Pero Antonia permaneció con su blanquecina cabecita bajada hacia las brasas, contemplando el fuego, registrando en los confines de la memoria.

Sus achaques y trastornos comenzaron tras la trágica muerte del hijo. Sus males eran ausencia, añoranza, tristeza y soledad; falta de anhelos y deseos de vivir; penetrantes recuerdos que hurgan la memoria y producen hondos sufrimientos; escabrosos altibajos, cambios repentinos, tortuosos avatares de la vida difíciles de sobrellevar e imposibles de olvidar.

Su marido, familiares, vecinos e hijos le insistían.

—¿Por qué no vas al médico?

Pero ella contestaba:

—Mis males no los curan los médicos. Ni las medicinas alivian mis dolores.

Tiempo después, cuando aumentaron sus desvaríos y disparataba en exceso, avisaron al médico.

—Alzheimer —diagnosticó.

—¿Cómo dijo, doctor? —preguntó Juan.

—Alzheimer. Es una enfermedad progresiva. Concluye por no conocer a las personas próximas. No recuerda a quienes conviven con ella, ni sucesos ocurridos recientemente. Sin embargo, recordará hechos lejanos.

Una extraña mezcolanza se apoderó de Juan. Una amalgama de confusiones, lo conmovieron. Se estremeció de angustia y desasosiego, pero al mismo tiempo, sintió alegría y regocijo. Quizá no volviera a rememorar el amargo recuerdo, la desdichada muerte del hijo. Tal vez ya no se levante sobresaltada en medio de la noche, entre lamentos, gritos angustiosos, agitaciones, escalofríos y temblores de ansiedad. Vivirá con el sosiego de recuerdos agradables, gratos recuerdos de tiempos felices, sin alborotos, sin estrépitos mecánicos de máquinas y tractores. Volverá a escuchar dulces

trinos de pajarillos entre la mies amarilla del verano en los campos empapados de silencio; y el rechinar de carretas que se alejan, su crujir monótono y lastimero cuando regresaban colmadas de mies camino de las eras. Recordará el borboteo del pucherillo de barro cociéndose en la lumbre, el caldero colgado de la argolla, el fuelle, la tenaza y la gata negra dormitando junto a las brasas. Encontrará a las muchachas que regresan de la fuente cargadas de cántaros y botijos; y mujeres que en las soleadas tardes de primavera remiendan viejos peucos a la sombra de los árboles. Volverá a abrir los balcones. Se asomará a la ventana y mirará a lo lejos, esperando. Entre las desvaídas figuras de los hombres que avancen en procesión, despacio, muy despacio, extenuados por el duro trabajo, divisará la figura de Juan en la lejanía a través de los trigos verdes en primavera, envuelto en el polvo del camino. Escuchará nostálgicas canciones de enamorados labriegos en las noches de verano. Muchachos que tocan la resonante zambomba alrededor de la enrojecida estufa los días de Navidad. Rondallas de mozos, serenatas bajo los balcones floridos de lindas muchachas. Mozas lozanas, robustas, encendidas como flores de ababol. Recordará que, una vez, en sus años de novios, Juan la había piropeado: “Antonia, estás como un ababolazo”. Añorará tiempos pasados, el ayer remoto, la niñez casi olvidada, la adolescencia perdida, la juventud desvanecida como un sueño, su ayer volatizado como un soplo, como una tenue llama de candil que se apaga lentamente. Sus seres queridos, muertos ya, revividos de nuevo en su mente enferma...

Antonia, encogida a la orilla de la lumbre, escucha pjar de gorriones en la esquina de la casa, en las ramas de los árboles reverdecidos y en el tejado de la iglesia. Cantan los pajarillos suspendidos en los aleros de los tejados y por encima de los almendros. Escucha lejanos ladridos de perros. Murmullo de gentes que caminan por las calles. Gallos que cantan una y otra vez. Gallinas sueltas por los callejones picoteando

hierbas. Mujeres que traen el agua de la fuente. Escucha lejano el eco de un rumor que corre de boca en boca, el cantar de la herrería, el grito de un vendedor que recorre las calles del pueblo voceando la mercancía de esquina en esquina y la voz del pregonero. Rafael, el alguacil, se detiene en las cuatro esquinas, se empina un poco y lanza su vozarrón. Escucha voces de estañadores y capadores. El flautín de un afilador, luego su voz: “El afiladoooooor... El afiladoooooor... Se afilan cuchillos, navajas, tijeras...”

Apagados ancianos encaminan sus pasos a las afueras de pueblo. Los niños están en la escuela. Es la hora del recreo. Hasta los oídos de Antonia llega los gritos de los niños que juegan, corren, retozan en la plaza. En medio de esas voces infantiles distingue con claridad la voz de Juan, su Juanito. Recuerda que aún no le ha llevado el almuerzo a la escuela, como hace cada mañana a la hora del recreo.

Intenta incorporarse, trata de ponerse en pie para ir a la escuela a llevarle a su Juanito –igual que hacía cuando era niño– pan con chocolate o pan con agua y azúcar que devoraba sin dejar de correr, trotando con los otros muchachos, dándole patadas a un balón de un extremo al otro de la plaza. Pero no consigue moverse. Quiere avisar a su marido: “Juan, acércale el almuerzo al chico”, pero no brotan las palabras de su boca.

—¿Tienes frío? —preguntó otra vez Juan.

Entonces fue cuando Juan se dio cuenta de que Antonia no tenía frío, porque Antonia ya no estaba allí. En aquel lugar al lado de la lumbre sólo quedaba un cuerpecillo minúsculo, enjuto, apagado para siempre. Aquel cuerpecillo débil que se fue apagando lentamente tras la muerte del hijo. Sus manos sólo acariciaban una calavera blanquecina, nacarada, como una nevada de invierno, pero sin vida.

Y Juan casi no lloró la muerte de su esposa, tan falto andaba ya de lágrimas.

Murió de tristeza, ausencia, soledad, añoranza, desconsuelo... Aunque alguien dijo que, en realidad, llevaba muerta desde aquel nefasto atardecer de otoño en que trajeron al hijo muerto.

TIEMPO IV.—TRISTEZA

Doblan las campanas. Torrentes de recuerdos acuden a desembocar a la mente de Juan. Se barajan en la memoria, se confunden enredados en caótico desorden en una sorprendente mezcla inventada por el olvido. Afluyen recuerdos lejanos, remotos, difuminados en el tiempo, aquel otro tiempo en el cual todo era distinto. Le traen añoranzas del ayer. Su antigua casa, su mujer joven, sus hijos niños todavía...

Sin saber por qué, confluyen en su pensamiento los evocadores versos del poeta Juan Ramón Jiménez:

Campanitas del lugar
repicando por cualquiera.
Cantasteis cuando nací
lloraréis cuando me muera.

Continúan doblando las campanas. En medio del portal, alojado en el luctuoso féretro, permanece tendido su débil y frágil cuerpecillo. Un cuerpo que, sin embargo, era tan menudo ya. Pero, y toda su vida, ¿adónde se fue? ¿En qué misterioso lugar quedó la férrea vitalidad de su espíritu robusto, su ánimo enérgico y activo, su alma de ayer joven? Quizá voló oculta en una bandada de aves viajeras, surcó el cielo y se apresuró a reunirse con su hijo Juan. Tal vez, se apagó eternamente, del mismo modo que un día se extinguieron aquellas cosas que el tiempo hizo olvidar. Acaso regresó de nuevo a su pasado, a sus costumbres, a sus rutinas, a sus trajines de cocina y sus antiguas usanzas. O puede que soplara otra vez aquel viento embrujado y la arrastrara a ninguna parte.

Los pensamientos vierten en su mente negras sombras de presagios y tristezas infinitas.

“¿Pero cómo puedo permanecer aquí, sentado, tan indiferente a su muerte? Y después, ¿todo continuará igual? Pero yo no me iré”.

Antonio y Miguel han llegado de Madrid hace unas horas. Quieren llevarse al padre con ellos a vivir a la ciudad.

“No iré a ningún sitio. Si alguna vez me sacan de aquí, sólo me llevarán —los pies por delante— a reunirme con Juan y con Antonia”.

Doblan las campanas. Salen ya con el féretro de la iglesia. El cortejo avanza lentamente, camina despacio hacia ese hueco abierto en la tierra de mayo reseca por la falta de lluvia y los últimos calores. Marchan delante los monaguillos. Llevan dos cirios encendidos y un crucifijo. A continuación, siguen los hombres, transportando por turnos el ataúd cargado sobre los hombros. Por último, cierran el séquito, las mujeres, que corean al sacerdote en sus salmos y cánticos fúnebres.

La comitiva avanza pausadamente esta tarde triste de primavera en busca de la tierra removida, de la ancha y profunda fosa abierta en la aridez del cementerio. Un perro levanta la pata y orina en el tronco de una acacia.

—Largo de ahí, chucho, un poco de consideración a los muertos —dice alguien arrojándole una piedra.

El chucho se aleja aullando calle abajo.

El cortejo desciende por las sinuosas y angostas callejas. Tiene que orillarse para dejar paso al rebaño de Andrés que llega precipitadamente, cuesta arriba, camino al corral.

—Pero Andrés, ¿qué horas de venir son éstas?

Andrés quería ir al entierro, pero el sol, su extraño y singular reloj, le jugó una mala pasada e hizo tarde.

“¿Todo permanecerá igual a su muerte? ¿Tan poco importaba la pobre Antonia? ¿Tan poca trascendencia tenía su vida? ¿Tan indiferente nos resulta la muerte que permanecemos mudos e impasibles ante ella?”

José el de la Plaza, “el Tonto”, arroja piedras al río desde el pretil del puente.

Alguien le grita:

—Fuera de ahí, gilipollas. ¿No ves que pasa el entierro?

—Yo me vuelvo desde aquí, estas piernas ya no me responden como antes. Además, me arremete una cosa aquí adentro cada vez que me acerco al cementerio —dice Ramón, uno de los lugareños más viejos.

—Cochina vejez —añade todavía girando sobre la temblorosa garrota y tomando el camino de regreso.

El tío Ramón es un hombretón alto y enjuto como palo de bastón. Bregado, avezado en mil penalidades y trabajos. De piel oscura, tostada por el sol de más de ochenta agostos y fustigada por la lluvia y el viento de otros tantos otoños, de piernas endebles y contrahechas por los años, pero reforzadas por una trémula garrota. De manos rudas, ásperas por el frío de los inviernos, y dedos curvos, arqueados por la artrosis. Sin embargo, tiene un carácter amable, sencillo, campechano. Es dulce, tierno y afable como un niño, sosegado y apacible como agua de remanso. El tío Ramón cuenta las personas del pueblo que son más viejas que él. Casi inspira lástima los atardeceres en las solanas, con su espalda encorvada y apoyado en la cachava, cuando murmura con algo de ironía y mucha más tristeza: “Estoy el cuarto de la lista”.

—Ramón pasa a tercero —comenta otro anciano observando a Ramón desaparecer por la calle arriba.

—Eso nunca se sabe. Mira Juan, un mozo tan joven y fuerte, con toda una vida por delante.

—Claro, que un viejo se muera, es lo normal. Pero Juan, tan joven como era todavía.

—Pobre Antonia. Hoy le ha llegado el turno a ella. Pero, desde que sucedió lo del hijo, estaba ya muerta.

—Al final, todos al mismo sitio. Antes o después, todos tendremos que hacer este obligado paseo.

—Mal viaje a hombros y con los pies por delante.

—Qué en paz descanse —dice el sacerdote con voz suave al tiempo que vacía un azadón de tierra encima de la caja.

Reza, unos responsos y oraciones.

“Por las almas de todos los fieles difuntos que aquí descansan”, dice, y se aleja en silencio acompañado de los monaguillos.

Juan aún saca fuerzas de donde no le quedan y, según la antigua costumbre, se sitúa junto a la puerta de salida del cementerio, acompañado de sus hijos, para que la concurrencia desfile ante ellos, estrechándoles las manos, mientras les dicen:

—Te acompaño en el sentimiento.

—En paz descanse.

Regresan cabizbajos y en silencio. El padre en medio, los hijos a los lados. Oscuros presentimientos flotan en el ambiente enrarecido de mayo. El crepúsculo se extingue, la claridad agoniza tristemente. Negros nubarrones surcan el cielo encapotado. Suena un trueno lejano. Apresuran el paso. Comienzan a caer las primeras gotas.

TIEMPO V.— AÑORANZA

En medio de la soledad y el abandono de la casa, aún sobrevive un hombre. Es un anciano dulce y apacible, suavemente ayudado por una trémula cachava. Se atavía con una indumentaria desusada. Viste pantalón y chaqueta de pana, y en la cabeza lleva una boina negra calada hacia los ojos. Sigue adepto a sus tiempos, al pasado, a antiguas usanzas, costumbres y tradiciones, fiel a sí mismo. Sobrevive, incluso, como pieza de museo.

Hace frío afuera. Echa un trago de vino de la bota y enciende la lumbre. Pone una buena calda. Echa al fuego un par de leños gruesos, talados del viejo pinar, y lo remueve con las tenazas para encandilar.

El viento silba entre los árboles, golpea los cristales, empuja el humo por encima de los tejados hasta disiparlo en el horizonte, donde se distorsiona formando extrañas siluetas.

Juan lo observa asomado a la ventana. Lo ve pasar como una sucesión en cadena de figuras desoladas, procesión de recuerdos lejanos y borrosos, eclipsados por el tiempo, pero que luchan por no desaparecer.

“El viento nos arrebató casi todo. Aquí sólo dejó unas pocas máquinas a motor realizando el trabajo que antaño hacían campesinos con su esfuerzo, y a unos pocos viejos esperando su hora. Lo demás, se lo llevó; lo dispersó por los cuatro puntos cardinales. Ese viento que intenta arrastrarlo a la ciudad, pero él resiste con firmeza, no quiere vivir prisionero entre paredes.

El viento no conoce esencias ni sustancias. Para él no existe gravedad, pesos, materias ni leyes físicas: derriba casas, arrastra jóvenes a la ciudad, sepulta ancianos, arrincona antiguos utensilios o entierra en el olvido viejas tradiciones.

Sólo los recuerdos permanecen. El viento no podrá borrarlos. Sin embargo, aquellas cosas que no pudo llevarse el viento, las va borrando el tiempo poco a poco. Los recuerdos aparecen cada vez más distantes, más deshilachados...

El tiempo le robó mujer e hijos. Se llevó rudos piropos de mozos y mozas con cántaros camino de la fuente, rebuznos de burros y ladridos de perros, yuntas en los campos y dulces gorjeos de pajarillos en los campos, atardeceres de verano y trasnochadas de invierno, el calor de la siega y el tamo de las eras, las brasas de la lumbre y el fuego de las hogueras.

“¡Ay, si pudiéramos regresar de nuevo!”.

El viejo clava los ojos en la pared. De ella pende una antiquísima fotografía. Es el retrato de tres niños. Sobre el encuadre, puede leerse en letras grandes y mayúsculas: “RECUERDO ESCOLAR”. Tiene como fondo un mapa de España, a un lado hay un globo terráqueo, y al otro, la imagen de una Virgen. El muchacho más pequeño es aquél que marchó al seminario siendo un niño todavía. Luego, cuando en su cabeza de adolescente comenzaron a merodear bulliciosos amores, ardientes pasiones de los años jóvenes, orientó su vida lejos de las sayas eclesiásticas. Se fue a vivir a Madrid. Y ahora es un prestigioso abogado. El mediano, Antonio, marchó pronto a la ciudad, y aún se acerca por aquí a pasar las vacaciones. El otro, Juan, el mayor de los tres, no es capaz de contemplarlo sin que las lágrimas asomen a sus ojos.

Las tardes de invierno, después de comer acude un rato al bar y juega a guiñote. Luego, se sienta junto al mostrador, pide un chato de vino y charla mientras bebe.

—¡Qué duro es vivir! —dice mientras apoya el brazo en el mostrador—. ¡Es jodida la vida, Ramón! Es terrible la pérdida de un hijo y doloroso la de la compañera. Pese a encontrarse enferma, Antonia me hacía compañía. Pero lo peor es la soledad. Es dura la soledad, la añoranza, la nostalgia, el silencio... La misteriosa soledad de una casa

sola, vacía. El profundo silencio que todo lo llena, que rueda inexorable por toda la casa adentrándose en alcobas y rincones. Qué no te pase, Ramón. Reza porque viva Florencia muchos años, más que tú.

Guarda silencio. Toma el vaso y echa un trago. Luego, se dirige a la tabernera:

—Emilia, despacha algo para acabar el trago.

Emilia, una mujercilla enlutada, menuda, débil y algo encorvada, introduce la huesuda mano dentro de una bolsa de plástico y desparrama un puñado de cacahuets encima del mostrador.

—Juan, llevas razón. Esta vida es una porquería. Qué me vas a contar. Pasamos la vida trabajando, excediéndonos en esfuerzos vanos, quemando nuestra lozanía y juventud, desperdiciando nuestra mocedad. Media vida tratando de mejorar la hacienda para ellos, a base de esfuerzo, sudor, privación y sacrificio. ¿Y ahora, qué? Todo de añojal o arrendado por cuatro perras, de balde como el que dice.

—Ramón, para arrendar las tierras, prefiero verlas de añojal.

—Nuestros hijos mozos se marcharon, buen viaje lleven. ¿Acaso los tuvimos el día que decidieron emigrar? Y bien que nos dejaron aquí, solos, con las tierras cultivadas por nuestros brazos cansados cuando esperábamos la ayuda de los suyos jóvenes.

—Ahora, Ramón, lo importante es resistir hasta el final. Que no nos saquen de aquí, que no nos saquen.

—Dices bien, Juan. ¿Qué les pasó a Bernabé el de Engracia, a Jesús, a Valentín, a Isaías y a tantos otros? Y acuérdate de Venancio. Quería llevarse el macho a Alemania. Decía que él no se iba sin el macho. Como si Alemania estuviera a la vuelta de la esquina. Se lo llevaron al pobre sin que supiera adónde iba. ¿Y qué les sucedió? Vivieron cuatro días. Los mató la ciudad. Se asfixiaron en cárceles de oro, encerrados,

incomunicados, encarcelados en las lóbregas celdas del piso. Se pudrieron entre las cuatro paredes, lejos del campo limpio, puro y claro, de sus árboles, su sol y sus montañas.

—Yo, Ramón, nunca fui a la ciudad. Pero, según dicen, el cielo no tiene sol de día, ni estrellas por la noche; y si miras hacia arriba, sólo ves altos edificios.

—Como te decía, Juan. Se infectaron de humos y contaminación. Murieron con una atmósfera contaminada dentro del pecho y el alma henchida de tristeza y añoranza; ilusionándose todavía con regresar algún día al pueblo. Pero no regresaron, ni siquiera para enterrarlos aquí, como era su última voluntad.

—La ciudad no es para nosotros, Ramón. Y nadie debe estar en un lugar que no es el suyo. De aquí no me muevo, como que me llamo Juan.

Las tardes de verano, no acude al bar. Duerme la siesta y merienda a media tarde. Luego, sale a pasear a las afueras del pueblo. Allí se reúne con los demás viejos los atardeceres de verano. Charlan divertidos, bulliciosos. Casi siempre de sus tiempos mozos, de tiempos felices, tal vez porque eran jóvenes. Hablan de la guerra que vivieron. A veces, cuchichean, algo entre dientes, comentan de los hijos, los vástagos tiernos que se fueron. Y si son suficientes —ya van quedando pocos—, con una arrugada baraja que alguno saca de la faltriquera del viejo pantalón de pana, juegan a guiñote a la sombra fresca del árbol nuevo, grande.

—Hasta aquí, bien. Pero de aquí no paso —asegura Juan los atardeceres de verano.

Juan sabe que el mundo es mucho más grande. Que la tierra es extensa, ancha, gigantesca. Sabe, incluso, pese a que casi no fue a la escuela, que es redonda y que da vueltas. Pero su mundo acaba allí, a la salida del pueblo.

Ven un coche que se desvía de la carretera y se adentra en el pueblo. Es el hijo de Valentín que regresa de vacaciones. Llega al volante de un lujoso automóvil. Viene de Zaragoza.

—A mí no me engañan —dice Juan—. De cuatro ruedas, tres no son tuyas.

—¿Y de quién son? —pregunta Ramón.

—Del banco, Ramón. Del banco que les prestó.

Al anoecer, después de cenar, toma la guitarra y canta una dulce canción a la luz de la luna. Arriba, el cielo claro, brillante, limpio de nubes, y la luna luminosa, diáfana, radiante, como únicos testigos. Afuera la noche dulce, tranquila, trae un olor penetrante a mies amarilla segada a hoz por manos campesinas, ásperas, rudas, arrugadas... La noche acerca cánticos de pájaros, relinchos de yuntas, cantos de grillos...

“¡Ay, si pudiéramos regresar de nuevo!”

“¡Quién nos lo iba a decir!”

“¡Quién podría imaginarlo siquiera!”

“Gigantescas máquinas a motor siguen atravesando las yermas sementeras. Ya son muchos los que murieron. Aquí y en otros pueblos. Sus cuerpos quedaron yertos, atrapados entre hierros y chapas retorcidas”.

Luego de cantar, guarda silencio y llora un poco. Él sabrá por qué. Después, llama a su perro: “Vamos, Canelo”. Descienden por la cuesta buscando las afueras del pueblo. Canelo corretea. Husmea en un ribazo. Una rana asustadiza salta al agua. Un búho huye a esconderse en la oquedad de un árbol seco. Raudos y oscuros murciélagos surcan las sombras de la noche. Llegan al cementerio. Juan se sienta sobre la tierra árida del camposanto, sobre el lomo encorvado reseco por la quemazón del verano.

Atrás queda el pueblo en calma, dormitando con placidez, alumbrado por unas pocas luces. Centenares de insectos mariposean sobre ellas. Por encima de los tejados, algunas chimeneas despiden el humo de las pocas lumbres avivadas todavía.

Arriba, está la atmósfera limpia y clara; y un cielo nítido, brillante, rebosante de estrellas. Consigue distinguir la Osa Mayor, la Osa Menor y la Estrella Polar. Recuerda los claros anocheceres de la siega entre las sombras de la mies, tendidos encima del rastrojo, y las noches de la trilla, echados encima de la paja, cuando jugaban a ver quien era el primero en encontrar la constelación que tiene forma de carro o la estrella que brilla más.

Escucha el rumor uniforme y agradable de la brisa de la noche susurrando en los cipreses. El runrún del agua del río al deslizarse, monótona, ligera. Escucha cánticos de grillos y el canto rezagado de un gallo remolón, demorado, cantando a destiempo. Juan aproxima sus labios arrugados a la aridez encorvada de la tierra y musita despacio, como un lamento, casi como una oración.

—Soy yo, Juan, vengo a haceros compañía, a compartir un ratillo con vosotros la soledad del cementerio. Me gustaría tanto estar ya ahí adentro.

“Hay quien cuenta que ha penetrado en su mundo, como él pretende ahora penetrar en esa fosa árida, en esa tierra reseca por la quemazón del verano”.

Víctor Hugo lo dijo: “Los muertos no están ausentes, sino invisibles”.

“¿Escucháis, como yo escucho, el rumor de la brisa en los cipreses? ¿Escucháis los ladridos de Canelo persiguiendo a un animalejo entre las tapias del cementerio?”

“Vengo a evocaros. A recordar vuestros cuerpos impasibles, sin vida, encerrados en la sombría y tenebrosa sepultura. A recordar tu cuerpo desfigurado, aprisionado, bajo un montón de hierros retorcidos”.

“¡Qué soledad tan grande! ¡Qué oscuridad! ¡Qué silencio! Todo es tan distinto a aquellas animadas tranochadas al calorcillo de la lumbre las noches del invierno”.

“¡Ay, si pudiéramos dar cuerda de cangrejo a la historia y regresar de nuevo!”

“Sé que me escucháis, como yo os escucho. Os oigo susurrar dentro de la tumba donde eternamente descansáis. Murmuráis que de haber continuado labrando con el arado aún estaríais en el mundo de los vivos. Que recordáis viejos tiempos, que sentís añoranza del pasado. Os siento suspirar, quejarse, lamentarse.... Juan te cuenta que le gustaría convertirse de nuevo en niño; volver a corretear calles entre gallinas sueltas; jugar en las eras por medio de los montones de paja; trepar a los árboles más altos en busca de nidos; escalar las encrespadas rocas de las hoces; deslizarse por las orillas del río a la caza de mariposas multicolores o en busca de setas blancuzcas y moras renegridas; y escuchar otra vez tus regañinas al regresar a casa desastrado, sucio, descalzo y sudoroso. Oírte decir de nuevo: “Me vas a quitar la vida”. “Estás cavando mi fosa”. “Me estás enterrando en vida”. Ella te vigila, te cuida igual que cuando eras niño. Te arropa en las frías noches de invierno, arremete la tierra entre tus carnes magulladas como arremetía las sábanas de la cuna para que no tuvieras frío. Luego, se recuesta sobre el duro lecho, te acaricia con sus manos húmedas y te besa con labios fríos de muerte. Te da un beso con sabor a tierra, a barro; pero suave, profundo, delicado, prendido de cariño, lleno de ternura. Te estrecha entre sus brazos y duerme abrazada a ti. Y tú, cada vez más pequeño, te reduces, aminoras, disminuyes día a día... Te refugias para siempre en el vientre de tu madre, para allí, quedar eternamente dentro del útero que te engendró”.

“¡Ay, si pudiéramos dar cuerda de cangrejo a la historia y retroceder de nuevo!”

“¡Quién nos lo iba a decir!”

“¡Quién podría hablarnos de máquinas mortíferas y de pueblos desiertos, abandonados!”

“Si alguien se hubiera atrevido, nos hubiéramos reído de él y lo hubiéramos tomado por loco”.